

AGUAZUQUE: EVIDENCIAS DE CAZADORES, RECOLECTORES Y PLANTADORES EN LA ALTIPLANICIE DE LA CORDILLERA ORIENTAL

GONZALO CORREAL URREGO

"[E]l proceso de traducir los patrones de restos materiales en patrones causativos del comportamiento humano parecería tratarse de una tarea sencilla y directa... Desafortunadamente, la aparente facilidad con que algunos arqueólogos realizan el salto desde los restos materiales hasta el comportamiento humano es altamente ilusorio, producto de su fuerte deseo por identificar los patrones causales de tal comportamiento humano, combinado con la falta de conocimiento sobre lo complejo que resulta el proceso de razonamiento involucrado en semejante salto"¹.

(Bruce Smith: *Prehistoric Patterns of Human Behavior*, Academic Press, 1978. Nueva York).

Lo más probable es que todo el gremio de arqueólogos en Colombia haya leído el informe sobre Aguazuque en el transcurso de las dos primeras semanas de su aparición en el mercado. Las expectativas por un libro así son altas, particularmente porque las características que tiene ese sitio pocas veces aparecen ante los ojos de los investigadores. No cabe la menor duda: Correal tiene magnetismo para toparse con algunos de los sitios arqueológicos más importantes de Colombia.

No creo que valga la pena entrar en una descripción sobre el informe que publica Correal, pues ya los lectores habrán pasado por más de 300 páginas de ella; y para quienes gusten de coleccionar datos, este es un volumen en donde uno encuentra pormenorizada la presentación de los restos arqueológicos encontrados por el investigador. Se enmarca dentro de su estilo tradicional de trabajo, ofreciéndonos como siempre obras de referencia y consulta bastante completas sobre sus excavaciones.

Aparte de encontrarse industrias líticas, restos de fauna y flora —algunos indicando ya la domesticación—, objetos procedentes de áreas geográficas relativamente

apartadas, y una cronología estratigráfica desde el año 5025 AP hasta el 2725 AP (las dos unidades estratigráficas superiores no están fechadas), uno queda con la sensación de no vislumbrar por ninguna parte un contexto asociado; me refiero específicamente a los patrones espaciales del registro material que permitan en alguna medida producir un modelo inicial del comportamiento de esta gente. Claro está, la tarea imperativa del arqueólogo es registrar lo más cuidadosamente posible lo encontrado. Pero más de veinte años nos separan de las metodologías que no permitían trascender hacia la reconstrucción histórica en arqueología, y apenas recientemente se introducen en la arqueología colombiana nuevos conceptos y nuevas visiones sobre el pasado. Nadie está diciendo que vayan a ser aceptadas con facilidad. Siempre lo nuevo se mira con ojos de reserva.

Lo interesante de Aguazuque es que podría ser el primer sitio en la región montañosa alta de Colombia que permitiese una asociación con el ahora atacado término de "Peleoindio" (Gnecco 1990). Aun cuando no hay evidencia alguna de cerámica en este sitio, su cronología es Formativa; y un estudio más contextualizado de la evidencia hortícola podría suministrar datos extremadamente importantes para comenzar a considerar una subdivisión dentro del Formativo, en la cual no necesariamente deba existir cerámica temprana para definirlo. Sin embargo, Aguazuque en este momento forma parte de un gigantesco e impersonal período llamado "Precerámico", cuando sus elementos permitirían un análisis mucho más profundo dentro del contexto de los procesos culturales de las Américas. Para Colombia tenemos cerámica temprana en San Jacinto

1. Mi traducción.

(Oyuela 1987), Puerto Chacho (Legros 1990), Araraucua (Herrera de Turbay et al. 1990), y los conocidos sitios excavados por Reichel-Dolmatoff en la costa del Caribe (Reichel-Dolmatoff 1986). ¿Qué estaba ocurriendo entonces en los altiplanos? ¿Por qué un grupo humano que elaboró el ritual funerario a tal grado de complejidad y que supuestamente practicaba la horticultura, llevaba casi 2.000 años a la saga de la cerámica?

Más complejo aún resulta pensar que, según los datos disponibles, estos grupos de bandas de cazadores-recolectores del altiplano se mudaron a las tierras bajas, en algún momento alrededor del año 3000 o 4000 A.C., para luego volver a las montañas con un gran invento: la cerámica. El que la hayan adoptado del foco Formativo de la costa norte, o del todavía no comprobado foco Formativo de selva tropical del oriente es algo absolutamente desconocido; y, precisamente, sitios como Aguazuque podrían suministrar una respuesta.

Digamos que si quisiéramos concentrarnos un poco en las estrategias adaptativas de los habitantes de Aguazuque, como punto de partida para tratar de explicar la dirección de los procesos culturales, es más bien poco lo que vemos con respecto a los dos o tres milenios anteriores; grupos humanos que viven de la cacería de venado, recolectan frutos silvestres, comen *cavia*, y de vez en cuando traen una roca del valle del Magdalena que sobresale en el sitio arqueológico por ser, obviamente, atípica. Pero las estrategias adaptativas no pueden reducirse a una visión tan simple de cacería y recolección. Aguazuque debe estar en capacidad de suministrar asociaciones muchísimo más complejas. Aun cuando nadie pone en duda que la estadística global aplicada a restos zooarqueológicos suministra una base sobre la cual puede interpretarse (a medias) el consumo diferencial entre especies, la estimación del mínimo número de individuos-especie es obligatoria para cualquier reconstrucción que pretenda ser sustancial. Lo mismo con respecto a los restos de plantas; pero, más aún, esta cuantificación debe corresponder, en alguna medida, a la distribución espacial de las variedades de artefactos líticos. De otra forma, no es posible inferir la relación ambiente natural-adaptación cultural; y mucho menos pensar siquiera en continuidades culturales.

Asociado a esta misma problemática podríamos mencionar el análisis de isótopos estables en huesos humanos. El autor logró hacer analizar cuatro de ellas para ^{13}C en colágeno (infortunadamente no hay datos sobre el mismo isótopo en hidroxiapatita, pues suministra un claro indicador de la dieta animal vs. la dieta vegetal, esta última indicada por su fijación en el colágeno), ^{15}N y Sr. Precisamente, lo interesante en la serie de Aguazuque sería determinar con una muestra más confiable la relación no solamente entre plantas C3 y C4, sino la relación entre ambas y la dieta animal, pero sobre todo ver su cambio a través del tiempo; qué proporciones en cada unidad estratigráfica.

Hay muchos otros aspectos que podrían analizarse en este informe de Correal, incluyendo por supuesto la antropología física a la cual le dedica un gran espacio. Me parece bienvenida, particularmente por el intento de hacer diagnósticos diferenciales con alguna complejidad. Este es uno de los campos más difíciles de la biología humana prehistórica, pero me parece que se hace una buena presentación de los casos patológicos, aun cuando los diagnósticos diferenciales suelen hacerse un poco más estrictos entre paleopatólogos. Lo que desafortunadamente no es posible hacer son tablas de vida ni cálculos de esperanza de vida. Esto porque los datos sobre estimación de la edad no se presentan en cohortes estadísticas claramente delimitadas de cinco años, y las edades se dan en términos como "primera infancia", "adulto joven", "adulto avanzado", etc., y no se estiman con precisión.

Para terminar quisiera hacer una breve mención al uso de cronistas en este trabajo. Desde el punto de vista metodológico, considero que no tienen cabida. El que se hayan encontrado restos de peces en Aguazuque en antiquísimas épocas anteriores a Cristo, no justifica traer a colación el Epítome del Nuevo Reino. Que estos peces, o algunos parecidos, existiesen aún en el siglo XVI AD nada contribuye a la reconstrucción medioambiental del segundo o tercer milenio AC.

Es un informe cuyos datos empíricos pueden ofrecer muchísimo más para la interpretación del pasado.

Felipe Cárdenas Arroyo

Depto. Antropología, Universidad de los Andes